R O D R I G O M I R Ó

TEORÍA *DE LA* PATRIA

Notas y ensayos sobre literatura panameña seguidos de tres ensayos de interpretación histórica

1947

TEORÍA DE LA PATRIA

RODRIGO MIRÓ

TEORÍA DE LA PATRIA

NOTAS Y ENSAYOS
SOBRE LITERATURA PANAMEÑA
SEGUIDOS DE TRES ENSAYOS
DE INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

BUENOS AIRES
1947

ES PROPIEDAD.

HECHO EL DEPÓSITO

DE LEY.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

A Raque

PROEMIO

Los escritos que integran este volumen constituyen un intento de aproximación a lo panameño. Durante casi dos lustros dediqué horas múltiples al estudio de nuestra expresión literaria, interesado en desentrañar su contenido histórico y social. Creo que en el caso de pueblos acerca de los cuales no sobran las referencias —así ocurre con Panamá—, la literatura opera a modo de elemento compensador, en cuanto explica y facilita el entendimiento de muchas cosas.

Estas páginas soslayan, pues, la crítica literaria. Y tienen su raíz en causas ajenas a la pura literatura. Son simples ejercicios civiles, tentativas encaminadas a formular, para uso propio, una teoría de la Patria. Desprovistas de toda pretensión, se ofrecen como una experiencia personal.

Por último, una explicación más: cada escrito lleva al final la fecha en que se publicó por primera vez.

Panamá, agosto de 1946.

LA LITERATURA DE PANAMÁ

Hace cosa de un lustro, a propósito de una sección de letras del Istmo aparecida en la revista *Acercamiento*, tuve que formularme estas preguntas: ¿Existe una literatura panameña? ¿Se justifica una preocupación por lo que en Panamá se escribe? Entonces respondí afirmativamente. Y el tiempo no ha hecho más que robustecer esa opinión. Sin embargo, no será ocioso volver sobre el problema, para ofrecer las razones que sustentan ese modo de ver. Porque son muchas las voces que, todavía hoy, alardean de escépticas cada vez que se habla en serio de literatura nacional.

cionalidad han ido presentándose en el momento en que pedían su inmediata solución. Circunstancia compulsiva que apenas si dejaba tiempo para improvisar. Nuestra historia republicana puede sintetizarse en un vocablo: improvisación. Y ello ha sido, en grado mayor de lo que imaginamos, condición misma de nuestra peripecia histórica. De ahí nuestro particularismo político, y la estructura acentuadamente mercantil de nuestra economía. Hemos vivido de la politiquería y del comercio, constreñidos por un destino premioso. Sin pensar en el ayer, sin desvelarnos el mañana, sin oportunidad ni inclinaciones para el reposo y la meditación. Tan onerosa realidad nos ha legado, nos lega día a día, ese hombre típico de nuestra democracia, mezcla de ingenuidad y cinismo, que rehuye y desdeña toda elaboración doctrinaria, y que cuando dice "teórico" positivamente ofende. No hemos sabido hallarle cabida al pensador, al artista, al estudioso. Sólo ha encontrado sitio entre nosotros el llamado "hombre de hechos", el Adán primigenio apto para todas las aventuras que, buenos o malos, brinda al país los resultados de que se ufana hoy.

Ahora bien: sobre ese estado de conciencia colectiva, afirmándolo y dándole una engañosa apariencia de plenitud, yuxtapónense elementos secundarios que son producto de la ignorancia y de la confusión. Entra aquí en juego lo que pudiéramos llamar el abismal laberinto de las palabras. Resultaría penosa faena la de averiguar el monto de los vocablos cuyo

contenido nuestro diario comercio de ideas traiciona, mutila, trastrueca. Entre ellos, víctima propiciatoria, la palabra literatura. Decir literatura es, para la mayoría, aludir al poema, al cuento, a la novela, inoperantes extravíos de gente desorientada. Y no cabe suponer empeño en restringir el alcance del vocablo a esa acepción limitada, parcial. No sabe esa mayoría —es lamentable pero cierto— que también es literatura, literatura panameña, el escrito histórico o sociológico, la disquisición política o económica, el ensayo científico, en fin. No obstante, ese tipo de literatura, que desconoce y desestima tanto como el otro, adquiere ante sus ojos un misterioso valor, le merece un extraño respeto, que emana no de su propio contenido, cuanto de la circunstancia de venir generalmente del político, del hombre de negocios, vale decir, de aquel que sospecha ha jugado victorioso la puesta de la vida práctica. Lógico, pues, que mentalidad semejante conduzca al menosprecio de nuestra literatura, a eludir su contacto. Y, como corolario, a su condena y descalificación, malgrado ignorarla de manera cabal.

Pero, hay más. Dentro del mundo de valores individuales en que le ha tocado vivir al hombre moderno de occidente, es difícil encontrar campo donde la interpretación individual se haya usado más arbitrariamente que en el de la literatura. (El estudio de las bellas letras considerado como ciencia es disciplina de reciente data.) Según esa interpretación, sobre todo

para la opinión vulgar, las literaturas vienen a ser sólo desfile de personalidades, tinglado de exhibicionismo, feria de extraordinarias habilidades. De ahí la alborozada boga del genio, del héroe, del superhombre. Y, en América, el magisterio de un Nietzsche y un Carlyle, parafraseados hasta el cansancio por los corifeos de la generación arielista. La literatura de un país vale entonces por la cantidad de genios que ofrece. Y aporta un nuevo instrumento a la competencia nacionalista. Cada república del "ingenuo continente" suspira por su Víctor Hugo, y se duele de esperar en vano la aparición de un Homero en el horizonte de su primera historia. Pobrecito país, así, aquel que no ha dado su *Leyenda de los Siglos*. Y no hay para qué decirlo: desde ese mirador, nuestra literatura no existe. Por fortuna, la literatura no es eso, o no es solamente eso. Aparte los ingredientes personales que en toda gran obra literaria se advierten, importan sobre todo los nacionales e históricos que encierra. Hasta podría decirse que los primeros se perfilan y magnifican en función de la evidencia de los segundos. Porque hace la grandeza de una literatura lo que expresa y denuncia de la nación que la produce. La literatura de un pueblo, cuando auténtica, vale lo que para el individuo su diario íntimo. Y quizá sea esa su significación mejor. Lo que suele llamarse la Historia registra sólo hechos parciales. Generalmente, hechos de la política; más precisamente: los hechos de la administración del Estado. En

cambio, del alma misma de cada país, de lo que en determinado instante piensan y sienten y anhelan sus habitantes, de la manera como ríen y hablan, de cómo visten y se hacen el amor, de eso nada dicen las historias. Empero, todo eso nos lo cuenta la literatura llamada de imaginación. Todo eso queda natural y espontáneo en el poema, en la novela, en la obra de teatro escrita acaso para diversión de un momento. La literatura cobra así un valor inestimable, una virtud trascendente y aleccionadora que escapa a toda ponderación. Y su estudio ha de ser, tanto como pasatiempo agradable, ejercicio necesario, tarea que conviene emprender con claridad de miras, como garantía de autoconocimiento, como política de introspección y de afirmación nacional.

Se comprenderá ahora por qué la consideración devota de la literatura panameña no puede ser empresa baldía. Su estudio es sin disputa una de las tareas de más monta que tienen ante sí las nuevas promociones. Y debe incluirse como parte esencialísima en el programa de reconstrucción general que el país ha tiempos solicita. Hemos llegado a una etapa de nuestro desenvolvimiento en que parece cerrarse todo un ciclo histórico. Ese hecho, y las exigencias de la hora trágica que vive el mundo, aconsejan un severo examen de conciencia y el planeamiento de nuestro inmediato futuro. Y acaso la primera gestión de alto vuelo nos la depare la inaplazable necesidad de conocernos, de saber quiénes somos, cuál es

nuestro origen y cómo nos hemos constituído en nación. Destaquemos, para tranquilidad presente y seguridad del mañana, las modalidades éticas y espirituales que nos distinguen. Porque es indudable que existen, y que existen como factores latentes en todas las fases de nuestra actividad. Mas precisa adelantar el proceso de afinación que las perfile y separe del cúmulo de otros elementos con que andan mezcladas, las acentúe y reconozca, reconociéndonos. A la era de improvisación sucede ya la actividad reflexiva propia de toda empresa humana acometida a conciencia. Y en la movilización general de haberes y posibilidades que esa gran tarea demanda —lo decíamos antes y lo repetimos ahora— la literatura tiene reservado un ingente papel. Porque nuestra literatura contiene lo mejor de nuestro acervo. Y habrá que ir a beber del agua de esa fuente si queremos apagar la sed de afirmación y autoconocimiento que empieza a poseernos. Nosotros, que vivimos todavía el proceso de nuestra diferenciación nacional, y sobre quienes pesa amenazadora una absorbente influencia extraña, necesitamos poner en juego todas nuestras facultades expresivas, estamos constreñidos a desarrollar todas las potencialidades de nuestro particularismo. Y a ello ha de contribuir por derecho propio nuestra literatura.

No pretendo afirmar, sin embargo, que sea la actividad literaria la que nos haya de suministrar artificialmente los fundamentos de la nacionalidad. Se-

mejante aseveración superaría el absurdo. La literatura, como toda manifestación de arte, es expresión de la vida social. Lo que la nutre y motiva no puede ser ajeno al ambiente dentro del cual vive el instrumento de expresión: el artista.

Es, pues, consecuencia y no causa. Pero consecuencia que tiene una virtud retroactiva, que puede coadyuvar al fortalecimiento de los factores que aparecen como causa. Significa esto que la literatura panameña —nuestro hombre de letras— puede y debe utilizar los rasgos característicos de nuestra vida social para, sublimándolos en la obra de arte, contribuir al desarrollo y robustecimiento de lo nacional.

Julio de 1942.

II

La literatura panameña no logró durante el coloniaje frutos bastantes como para exigirnos un catálogo sistematizado de su expresión. Ocupada por entero la colonia en garantizar el tránsito de riquezas y bienes comerciales, con una población pequeña, con una educación deficiente que sólo muy tarde y temporalmente alcanzó los beneficios de la enseñanza universitaria —la Universidad de San Javier se funda en 1749, dos centurias después de establecidas las de Santo Domingo, México y Lima—, faltaron los elementos que hacen posible la aparición y el desarrollo de los valores del espíritu. Sin embargo, ya

en el siglo XVI aparece Francisco de Ribera (1591-1646), "el de la bella historia romántica", poeta y pintor, confidente y consultor, además, de la beata quiteña Mariana de Jesús. Y entre el acervo de una pobre herencia cultural, que ofrece no obstante nombres varios de indiscutible interés, destácase la obra de tres panameños que resumen de modo ejemplar las direcciones fundamentales del saber de su tiempo. Son Manuel Joseph de Ayala (1736-1805), acucioso funcionario del Supremo Consejo de Indias, considerado hoy como "el más destacado jurista indiano de su época", y a quien se debe una ingente labor de comentarista y compilador; Sebastián López Ruiz (1741-1823), médico y naturalista, autor de diversas monografías acerca de la realidad física y social del Nuevo Reino de Granada, amén de otras publicaciones de carácter profesional; y Víctor de la Guardia y Ayala (1772-1824), cuya tragedia en verso *La Política del Mundo,* estrenada en Penonomé el año de 1809, es la primera pieza teatral escrita y representada en Panamá. Obra de circunstancias, y de intención política —alude a la invasión napoleónica en tiempos de Fernando VII—, presenta en sus mejores páginas influencias neoclásicas. Es casi el único testimonio de la cultura literaria de su tiempo y ambiente.

* * *

La separación de España y anexión a Colombia (1821) coincide con la introducción de la imprenta

(1820), que nos llega también con siglos de retraso, y da margen al florecimiento —"La Miscelánea" abre la historia del periodismo panameño— de una literatura política, naturalmente imbuída de las ideas y sentimientos de la época. Es la hora de Blas y Mariano Arosemena, de Juan José Argote y Manuel María Ayala, de Juan José Calvo y José María Goytía, los hombres del "Club Independentista" (1819), los gestores y protagonistas del movimiento emancipador. Esa literatura crece en volumen e importancia al transcurrir el siglo, ofrece exponentes señeros en José de Obaldía (1806-1889), Miguel Chiari (1808-1881), Gil Colunje (1831-1899) y Pablo Arosemena (1836-1920), y su figura cumbre en Justo Arosemena (1817-1896), gran moralista, profundo pensador y el más alto representante de la nacionalidad.

Ya con la segunda mitad del siglo surge la primera generación poética del Istmo. La integran Manuel José Pérez (1830-1887), Tomás Martín Feuillet (1834-1862), José Dolores Urriola (1834-1883) y Amelia Denis (1836-1910), poetas románticos todos, aunque de significación muy desigual. Encontrarán en "El Céfiro" (1866), periódico literario que edita y anima Manuel Gamboa (1840-1882), y en "El Crepúsculo" (1870), de José María Alemán (1830-1887), sus trincheras y atalayas. Es, para los panameños, el momento colombiano. Aparecen los primeros cuentos, alborea una crítica teatral, viene al

mundo *Mélida* (1888), de Jeremías Jáen (1869-1909), jalón inicial de una endeble novelística. Y llega el canal francés, que provoca en seguida favorable ambiente a las cosas de Galia. Se habla y se lee francés. Se multiplican los periódicos, se esbozan nuevos movimientos literarios. Aparecen Jerónimo Ossa (1847-1907), Rodolfo Aguilera (1851-1916), y poco después Emilio Briceño (1857-1894), Federico Escobar (1861-1905), Simón Rivas (1867-1914), Edmundo Botello (1867-1911), Rodolfo Caicedo (1868-1905), Salomón Ponce Aguilera (1868-1945), voceros literarios de una generación beligerante que irrumpe confiada en su destino, se mezcla en la agitada política de entonces, y ayuda eficazmente a preparar el advenimiento de la República. Es el instante en que mil ingredientes abonan el subsuelo modernista. La obra de un poeta, León A. Soto (1874-1902), muestra fielmente ese minuto de transición. Cuando el modernismo cuaja, Panamá tiene un Darío Herrera (1870-1914) su representante cabal. Típico prosador, poeta también, dejó cuentos y crónicas de mérito no común. El siglo termina en medio del incendio de la guerra civil, fosa del romántico anhelo de Adolfo García (1872-1900).

* * *

Al producirse el hecho histórico de 1903 las posibilidades literarias mejoran. El quehacer de poetas y literatos es, ahora, en cierto modo, faena oficial. Ve

la luz "El Heraldo del Istmo" (1904-1906), revista modernista, órgano de la generación que trajinaba ya desde los años postreros del siglo anterior, y que dirige Guillermo Andreve (1879-1940), gran obrero de nuestra cultura literaria, luego frustrado para ella en la marea de la política. Allí se inicia Ricardo Miró (1883-1940), post-modernista romántico, sencillo y hondo, fiel intérprete del paisaje local. Miró funda luego "Nuevos Ritos" (1907), prolongación de la revista de Andreve, que vivirá luengos años. Ya la República tiene artistas y letrados. Aparecen Nicole Garay (1873-1928), recatada, múltiple y cordial; Aizpuru Aizpuru (1876), culto y grave; Demetrio Fábrega (1881-1932), parco y dueño de sí; Hortensio de Ycaza (1883), solemne y tropical; Antonio Noli B. (1884-1943), risueño y triste; José María Guardia (1885-1941), romántico y campesino; Guillermo Batalla (1886), amatorio y familiar; Enrique Geenzier (1887-1943), galante y señorial; Harmodio Guardia (1891-1926), vargasvilesco y soñador; María Olimpia de Obaldía (1891), hogareña y digna; Gaspar Octavio Hernández (1893-1918), melodioso y febril; poetas y prosistas, formados todos dentro del ambiente que sucede al gran triunfo de Darío. Se articulan grupos, nacen "Esto y Aquello" (1914-1915), "Memphis" (1916-1919). Y en el campo indeterminado del ensayo, de la literatura de ideas, surgen Belisario Porras (1856-1942), Nicolás Victoria Jaén (1862), Ciro L. Urriola (1863-1922),

Melchor Lasso de la Vega (1865-1942), Eusebio A. Morales (1865-1929), Ramón M. Valdés (1867-1918), Samuel Lewis (1871-1939), José de la Cruz Herrera (1876), Narciso Garay (1876), José Dolores Moscote (1879), José E. Lefevre (1881), Ricardo J. Alfaro (1882), José Oller (1882), Cristóbal Rodríguez (1883-1943), Napoleón Arce (1885), Jeptha B. Duncan (1885), Guillermo Colunje (1885), Manuel de Jesús Quijano (1886), Gregorio Miró (1886), Octavio Méndez Pereira (1887), José Daniel Crespo (1890), que gobiernan el país y hacen pedagogía y política, literatura y sociología, y que dan vida a grandes revistas como "La Revista Nueva" (1916-1919), "Cuasimodo" (1919-1921), "Estudios" (1922-1934), etc. Aflora, asimismo, la preocupación histórica, que encuentra en Juan B. Sosa (1870-1920), Enrique J. Arce (1871) [1], Héctor Conte Bermúdez (1879-1946), Agustín Jáen Arosemena (1880), Ismael Ortega B. (1883), Catalino Arrocha Graell (1883), Benito Reyes Testa (1887), Ernesto de J. Castillero R. (1889), Manuel María Alba C. (1892), Ernesto de J. Nicolau (1895) y Juan Antonio Susto (1896) sus más responsables o asiduos cultores.

Hacia la tercera década del siglo dice su mensaje una generación que ha visto producirse la catástrofe europea, que es testigo del esfuerzo continental por crear una literatura y un pensamiento propios, y percibimos tentativas conscientes por reflejar la verdad

[1] Murió el 14 de marzo próximo pasado.

de la vida urbana y campesina panameña. Es una generación de transición, que actúa críticamente. Demetrio Korsi (1899), Moisés Castillo (1899), Ana Isabel Illueca (1903) y Lucas Bárcena (1906) aparecen en la poesía. El primero urbano e irónico, desenfadado y audaz. Los otros vueltos hacia el paisaje campesino, nativistas y rurales. Buenaventura Garcerán (1885), J. Darío Jaén (1893-1932), José E. Huerta (1895), Santiago D. McKay (1898), Gil Blas Tejeira (1901), Ignacio de J. Valdés jr. (1902), Graciela Rojas Sucre (1904), Rodolfo Aguilera jr. (1906), en el cuento y el relato, los más de ellos inspirados en nuestra realidad. Por otra parte, con Domingo H. Turner (1893) y Diógenes de la Rosa (1904) el pensamiento político pregona novedades de método e interpretación. Y aparece también una nueva y juvenil corriente de ensayistas, que hacen sociología e interpretación histórica, crítica e historia literarias, periodismo y política, y aunque en direcciones a veces contrapuestas, movidos todos por el ansia de captar las esencias panameñas. Forman en las filas de este movimiento Santiago L. Benuzzi (1897-1923), Rubén Darío Carles (1897), Simón Eliet (1899), José Isaac Fábrega (1900), Felipe Juan Escobar (1901), Daniel Jacinto Fuentes (1901), Pulio A. Vázquez (1902), Clara González (1902), Ernesto A. Morales (1903-1946), Baltazar Isaza Calderón (1904), Ernesto de la Guardia jr. (1904), Federico Tuñón (1905), Miguel Mejía Dutary (1906),

Rafael Moscote (1906) y Miguel Amado (1908).

Cuando ocurre el golpe de estado de 1931, la literatura prepara el gran vuelco. Acaba de vivirse la crisis mundial del 29; operan sobre América los "ismos" que en Europa hace dos lustros conturban las conciencias con sus afirmaciones audaces y encendidas polémicas. Y con esos ecos novedosos vuelve al país un poeta —Rogelio Sinán (1904)— que ha estudiado en Roma, donde publica (1929) el libro bandera del nuevo movimiento: *Onda*. En 1929 una capilla literaria lanza una hoja de minorías —"El Banquete"—, ventana abierta a lo que afuera acaece.

Consecuencia indirecta de la política, nace el semanario "Antena" (1931), que brinda un pequeño espacio a la palabra de los nuevos. Y se da la batalla vanguardista, que estimulan con actitud simpática y comprensiva Enrique Ruiz Vernacci (1894), crítico de arte, periodista, profesor, y Manuel Roy (1895), educador, maestro de dignidad y civismo, y que culmina en 1933 con *Los Poetas de la Generación Republicana*, conferencia irreverente de Roque Javier Laurenza (1910) —recogida en volumen ese mismo año—, y que pretende sepultar lo que apenas si da muestras de vida. Los poetas de la primera etapa republicana, los vivos, callan, sin que nadie les obligue. (En 1929 Miró publica su último libro.) Y se despeja el camino para la afirmación y reconocimiento de los valores que emergen, con lo que se inicia una etapa de concordia, de revisión inteligente del

pasado, aun del más inmediato. Y continúa el proceso de la literatura panameña con Sinán, Demetrio Herrera S. (1902), Laurenza, Antonio Isaza A. (1910), Nacho González (1912), Eda Nela (1912), Ricardo J. Bermúdez (1914), Rosa Elvira Álvarez (1915), Esther María Ossas (1916), Eduardo Ritter A. (1916), Tobías Díaz B. (1919), Mario Augusto Rodríguez (1919), Stella Sierra (1919), Changmarín (1922), todos ellos poetas inquietantes y prometedores, y el propio Sinán, Erasmo de la Guardia (1906), Julio B. Sosa (1910-1946), Alfredo Cantón (1910), José A. Cajar (1915), Mario Augusto Rodríguez, José María Sánchez (1918), Ramón H. Jurado (1922), cuentistas y novelistas, cosmopolita el primero, desesperadamente apegados a la verdad de su tierra los demás.

Panamá, noviembre de 1945.

LA VERDAD SOBRE DON JUSTO AROSEMENA

Para los hijos de esta tierra que sienten como cosa propia, personal e íntima, el presente y el porvenir del Istmo, no deja de ser inquietante la exigua, parca cifra que corona todo esfuerzo por penetrar las raíces de la panameñidad. Es que apenas si hemos indagado en las peripecias de nuestro ayer; es que nos hiere en lo más hondo, sorda, tenazmente, la ausencia de aquellas figuras magnas y cordiales que hacen palpable y dulce el sabor de la Patria. De ahí el entusiasmo, la ansiedad diría mejor, con que los sectores jóvenes del país recibieron la decisión de honrar la memoria de Justo Arosemena, hoy que se cumplen ciento veintisiete años de su venida al mundo; y la razón, también, de que al ser yo requerido por los miembros de "Acción Social" para decir unas palabras oportunas, al mismo tiempo que advirtiera la imposibilidad de negarme, me asaltara el temor de la doble responsabilidad. Creo firmemente que nunca como hoy, en medio de esta espantosa crisis universal, la palabra ha estado tan llena de obligaciones. Hablar, escribir para el público no puede ser ya vano

escarceo, deporte de suficientes dadivosos. Por el contrario, adviene pesada misión por la que hay que rendir y pedir cuentas. Los sufrimientos que ha padecido el hombre durante los últimos años —terribles años— exigen el inmediato advenimiento de realidades compensadoras. Los pueblos están hartos de retórica, de falaces augurios que se frustran, y quieren, con justicia, que la palabra sea el instrumento humilde o necesario de su firme aspiración a una vida digna. Por eso lo obligante de su ejercicio consciente. Y si a ello agregamos que es Justo Arosemena, orgullo y esperanza de los panameños, el motivo del discurso, la responsabilidad duplícase dejando poco espacio para frondosidades léxicas.

Ahora bien: yo me siento incapaz de dogmatizar en torno a la obra y al ejemplo de Justo Arosemena. Y declaro mi limitación porque, a pesar de lo que sobre una y otro sabemos, la certidumbre de que mayor es la porción ignorada aconseja una prudente expectativa, en espera de un conocimiento mejor. Es éste un género de riqueza que debemos poseer por completo antes de su usufructo legítimo, so pena de malgastar haberes que son promisorio anuncio de un bien muy superior.

Justo Arosemena —parecerá herejía el hecho demostrable—, es uno de los tantos ilustres desconocidos que integran el tesoro espiritual e intelectual de la nación, no obstante la literatura laudatoria que envuelve su nombre. Diría más: esa misma retórica

es inequívoco síntoma de su desconocimiento real, porque no llena otra función que la de suplir el necesario y lógico comentario a cada una de las facetas de su copiosa labor. Ni siquiera el volumen que le dedicara el doctor Octavio Méndez Pereira —meritísimo esfuerzo de interpretación del pensamiento de don Justo— alcanza a realizar el cometido. En parte, por no ser libro de popularización; en parte, porque su eficacia está supeditada a una previa tarea divulgadora de la vida y la obra del gran hombre. Y si la exégesis de su haber intelectual es deficiente, limitadísima es también su difusión. Sólo su admirable ensayo *El Estado Federal de Panamá* puede considerarse del conocimiento general. Publicado originalmente en Bogotá, en el año de 1855, lo reeditó en 1918 don Guillermo Andreve; lo volvió a publicar el Instituto Nacional, el año de 1930, en los *Documentos Históricos Sobre la Independencia del Istmo de Panamá,* y lo reprodujo por último, la Academia Panameña de la Historia, en el Nº 15 de su "Boletín". Sus *Estudios Constitucionales* —merecieron los honores de una tercera edición en vida del autor— son obra que algo se nombra aunque nada se lea, y se encuentra agotada. Y hace un lustro que la Academia de la Historia nos dió, en el Nº 20 de su "Boletín", la primera reedición de su *Ensayo sobre la franca comunicación interoceánica,* que apenas conocían felices iniciados. Aquí se agota la lista de los escritos de don Justo que podemos suponer del do-

minio público. El resto de lo que entregó a las prensas, alrededor de siete volúmenes, no tiene para nosotros más significación que la bibliográfica. Y queda todavía una porción inédita, de indudable importancia, puesto que corresponde a su época de madurez e insinúa, además, la sistematización de su producción total, que resume en tres materias: sociología, economía y política.

Frente a la desnuda realidad, lamentable e incitante por igual, surge el interrogante: ¿Cabe pronunciarse sobre lo que se desconoce o se conoce a medias? ¿Es cuerdo festinar un proceso en rigor no iniciado, precisamente cuando se trata del hombre en quien todos presentimos la más alta cumbre moral e intelectual del Istmo? No puede serlo, no. Sería deshonesto, injusto y perjudicial. Y entrañaría el peligro de provocar una estéril, si es que no funesta, deformación. Cierto que lo sabido a propósito de don Justo acredita la estima unánime de que goza; que un breve anecdotario permite dibujar ya el perfil de su gran entereza, de su civismo ejemplar. Pero, que conste así, porque la verdad no daña. Las nuevas generaciones deben saber que su visión de Arosemena es sólo pálida silueta en lejanía, y que falta llegar a la montaña, escalarla y medirla para tener la certeza de su volumen y elevación. Para entonces podremos ocuparla, con el derecho que dan las fatigas y el sudor de un esfuerzo honrado.

Rescatar a don Justo, conquistarlo, que es la ma-

nera de merecerlo bien: he aquí un programa para hoy. Urge que se publique íntegro, sin adulteraciones ni mutilaciones, el legado intelectual de Justo Arosemena, y urge que se haga en forma tal que llegue, para iluminarlo e iluminarla, al hogar y a la conciencia de cada panameño. Y conviene que se reinicie la faena de investigación que nos ofrezca la trayectoria completa de su vida —nada menos que la historia de nuestro siglo XIX—, y nos muestre las incidencias de su dignísimo padecer, de su tranquila pobreza aleccionadora, de su pasión de panameño, en fin. Porque hace un cuarto de siglo, cuando el centenario de su natalicio, las cosas estuvieron donde ahora. ¿Qué ocurrió entonces, pregunto, para impedir prosperara aquel sano impulso inicial? ¿Qué razones frenaron en su arranque proyecto de tanta enjundia, pues que la incorporación de don Justo al acervo tradicional es necesidad cuya satisfacción no admite prórroga? No lo sé. Pero existe una situación deprimente con respecto a don Justo. Y voy a denunciarla, a riesgo de que se me entienda peor: un influyente sector de opinión lo encuentra excesivamente radical. Sus verdades le resultan desagradables, sus razonamientos demasiado claros para interpretaciones equívocas, su acento y su querer inoportunos. Y es natural. Negadores sistemáticos de las instituciones e ideas que lo desvelaron, hemos hecho y seguimos haciendo casi todo lo que él reprobaba, hasta el punto de que sus escritos de política y moral constitu-

yen admoniciones para nuestro convivir de hoy. Y las reconvenciones chocan. Claro que opinión semejante insurge equivocada, que tan mezquino parecer pugna con la esencia misma del sentimiento nacional. La Patria no es la opinión de un grupo sino el interés de todos, y la construyen con su barro más puro los hombres que, como Arosemena, hacen de la verdad un culto y de la honestidad personal un oficio de todos los días. Pero si yerran quienes todo lo miran a través de su mal humor partidario, están en lo cierto cuando temen la resurrección de don Justo. En efecto, el autor de *La Reacción en Colombia* es una bandera para hoy y para mañana. Para hoy, porque ha logrado el milagro del mito ideal que debe acompañar todo movimiento multitudinario; para mañana, porque su obra divulgada será firme apoyo e inspiración constante en el bregar de las generaciones futuras. Natural, entonces, que nada me parezca tan digno de su memoria como pedir, exigir, fervientemente, patrióticamente, la publicación oficial de su obra completa, que una ley y dos decretos hace años tratan en vano de facilitar.

Panamá, agosto de 1944.

RODOLFO AGUILERA

Uno de los hechos de nuestra historia que con mayor urgencia pide tratamiento adecuado es aquel que los hijos de la República conocemos con el rubro de "el tres de noviembre de 1903". En efecto, las historias al uso nos enseñan que un buen día, corriendo el año memorable, un grupo de prohombres decidió constituirse en Junta Revolucionaria, para hacernos, meses después, el obsequio de la República. Sin embargo, y sin que esta afirmación implique menosprecio por la obra de los llamados próceres, es evidente que el proceso resulta demasiado simple para que no suscite múltiples interrogaciones. ¿Sobre qué se apoyaba la acción de la Junta? ¿Cuáles eran sus vinculaciones con el pueblo? ¿Es que no hubo, de tiempo atrás, una enconada lucha nacional por la conquista de nuestra independencia? Sí que la hubo, y sus pormenores y significación es lo que falta divulgar. Porque en esa aparente ausencia de una razón histórica firmemente enraizada en la vida del Istmo, se fundamenta la sensación de vacío que sentimos los hombres de hoy a la hora de cada conmemoración oficial.

Esa lucha nacional, lucha de décadas que ocupó

buena parte de la segunda mitad del siglo pasado, tuvo sus paladines, sus voceros esforzados. Francisco Ardila, León A. Soto, son nombres que nuestra indiferencia no ha logrado desterrar plenamente del recuerdo. Y con ellos, el de Rodolfo Aguilera, acaso el más comprometido en la brega independentista. Patriota cabal, encontró en el periodismo el vehículo de su prédica. Y como si con ello no le bastara, buscó además otros modos de manifestarse. Rodolfo Aguilera sirvió entonces la causa nacional dándole al país, en rápidos bosquejos, la semblanza de aquellos de sus hijos más destacados. En el año de 1887 publica *Istmeños Ilustres de la Emancipación,* breve opúsculo que reúne muy útiles noticias acerca de los gestores de nuestra emancipación de España y de los hombres sobresalientes del período inmediatamente posterior. Lograda la independencia, Aguilera nos ofrece sus *Documentos Históricos* (1904), repertorio cuya lectura, no obstante su escueta objetividad, sugiere muchas cosas. En el año de 1906 su afición de biógrafo nos da dos tomos de su *Galería de Hombres Públicos del Istmo,* a los que agregará un nuevo volumen en 1908. Ya en el año anterior Aguilera había publicado *Las espinas del tres de noviembre,* colección de artículos polémicos de actualidad política, seguidos de un cuento y prosas breves de carácter moral. No fué, pues, Rodolfo Aguilera, sólo un patriota militante; fué también un laborioso obrero de nuestra cultura literaria, a la que prestó señaladísimo servicio

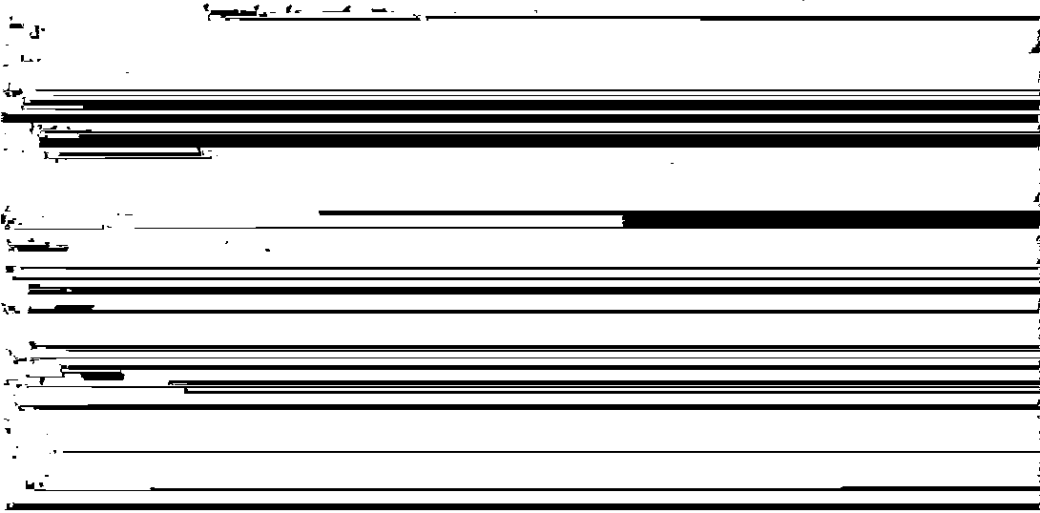
con sus biografías. Y aunque sus datos no siempre son exactos —yerros suyos se repiten en autores contemporáneos demasiado confiados—, facilitan mucho la tarea a los estudiosos de hoy.

Rodolfo Aguilera murió el 25 de julio de 1916 —día de los sucesos de Cabo Verde— cumplidos sesenta y cinco años de agitado vivir. Y espera todavía el ademán vindicador de su nombre.

Noviembre de 1945.

DON GUILLERMO ANDREVE
Y SU LABOR LITERARIA

Entre el grupo de hombres a quienes tocó la misión de crear y organizar la República, Guillermo Andreve exhibe contornos que le dan un perfil singular. En un país como el nuestro, donde la política y la burocracia sólo han servido para salvar de sí mismos a tanto indigente de la voluntad y del cerebro, Andreve tuvo la originalidad de ser un hombre útil y capaz. Apenas si hay actividad importante en el desenvolvimiento republicano donde no se perciba la huella de su esfuerzo. Mas no es mi intención puntualizar aquí sus méritos múltiples. Me limitaré tan sólo a subrayar su significación desde el punto de vista de nuestra cultura literaria. Porque Guillermo Andreve fué, no



intelectual de los primeros cuatro lustros repu-

Andreve suscita resonancias puramente políticas. Y el hecho es natural; desde luego que Andreve emerge y se destaca en el panorama de nuestra vida pública. Pero es, también, y aquí lo lamentable, consecuencia de algo que tiene caracteres de endemia nacional: la ignorancia de nuestra propia historia; que es un modo de resignarnos a vivir sin historia. Ya que la historia es, en gran medida, la conciencia que se tiene de ella. De donde resulta que los panameños, ignorantes cabales de lo que hicieron y de la manera como se comportaron nuestros antepasados, vivimos siempre al día, vivimos siempre —para decirlo con palabras de Key-

Sin embargo, es en el año de 1918 cuando emprende su más perdurable tarea en favor de nuestra cultura literaria. Me refiero a la publicación de su *Biblioteca de Cultura Nacional.* Allí, en treinta y seis cuadernos de formato pequeño, aunque de grandes trascendencia e intención, Andreve entrega a la corriente de la vida ciudadana, al mismo tiempo que obras notables de otras literaturas, lo más valioso y representativo que hasta ese entonces puede mostrar el acervo cultural de la nación. Allí, junto al hálito romántico de Martín Feuillet, la prosa noble de Justo Arosemena; junto a la embriaguez musical de Darío Herrera, la emoción recordatoria de Juan B. Sosa. En esa Biblioteca de Cultura Nacional —que don Guillermo tuvo la liberalidad de reanudar pasados quince años para darnos veinticuatro nuevos cuadernos de igual contenido y significación— está el legado mejor de Andreve, está el legítimo fundamento de su perennidad. Bastará señalar que algunos de esos cuadernos son ediciones únicas para medir su valor. Pienso que esa colección humilde asegura a Guillermo Andreve un alto rango como creador de nuestra literatura. En rigor de verdad, la literatura de un país no la hacen tan sólo sus poetas y escritores. No bastan ellos con su existencia a garantizar y delimitar el fenómeno. Precisa además la acción del crítico y del historiógrafo que den sentido y unidad a esa producción varia, que la hagan proceso, historia, en fin. Y esa necesaria faena del ordenador la rea-

lizó Andreve, con todas las limitaciones que se quiera, pero consciente y fructuosamente, para gozo y beneficio de los que llegamos después.

Pero Andreve no fué sólo el animador de muchas empresas culturales y el infatigable divulgador de nuestros valores. Fué él mismo, también, un hombre de letras que deja una labor considerable. De su plural actividad literaria —crítica, versos, cuentos y novelas— quedan páginas que son honra de nuestra literatura. A Guillermo Andreve, debemos, como debemos a otros coterráneos ilustres, una esmerada edición de sus principales escritos.

Estas palabras mías, impregnadas de cordial afecto hacia el hombre que me distinguió con su amistad generosa, quieren ser expresión de reconocimiento, limpio ademán de aplauso por la obra idealista y trascendente. Porque —es un placer vaticinarlo— cuando la perspectiva de los años permita a los hombres de mañana enjuiciar la obra de los que vivieron el momento de creación e iniciación de la República, al hacerlo, si tienen el valor de ser justos, reconocerán agradecidos que Guillermo Andreve fué uno de los panameños mejores.

Octubre de 1941.

APUNTES SOBRE DARÍO HERRERA

Hace un cuarto de siglo, el 10 de junio de 1914, murió en Valparaíso Darío Herrera, el poeta y escritor en cuyo desagravio —porque sus veinticinco años de muerto son otros años de olvido ([1])— se escriben estas líneas. Sabemos, doloroso es confesarlo, muy poco de su vida; y cosa similar ocurre con respecto a su obra, en su mayor parte diseminada por diarios y revistas del continente. Un valor aproximado y condicional ha de tener, pues, mucho de lo que acerca de él yo diga aquí.

I

En la ciudad de Panamá, el 18 de julio de 1870, nació Darío Herrera. Su madre: doña Juana de la Rosa, hija de Penonomé. Su padre: don Lino Clemente Herrera, natural de Vélez, Colombia ([2]).

([1]) Este trabajo, completamente revisado ahora, fué leído en el acto conmemorativo que, al cumplirse el vigésimoquinto aniversario de la muerte de Herrera, se llevó a cabo en la Universidad Nacional.

([2]) "El infrascrito Cura del Sagrario, certifica: que en el libro de bautismos del año 1870, existe la siguiente partida: «Número 136. — En la ciudad de Panamá, a veinticinco de Diciem-

Dónde estudió Herrera, no he podido averiguarlo. En cambio, don Juan Antonio Guizado, que fué su amigo juvenil, me ha permitido vislumbrar algo del muchacho de entonces. Delicado y enfermizo, de carácter difícil, así era Herrera el joven. Pertenecía, lo mismo que Guizado, a la "Sociedad Minerva", agrupación mitad deportiva mitad literaria, donde "se discutía y se estudiaba", según las propias palabras de don Juan Antonio. Debió suceder esto por el noventa, ya que tres años después Herrera colabora en la prensa del país, como un escritor respetado, y, dato de mayor interés, al tanto de las nuevas corrientes literarias. En seguida le veremos actuando como secretario de la Alcaldía, durante la gestión de don Francisco de la Ossa, hasta el momento de su voluntaria expatriación. En efecto, en 1897 marchó al sur. Estuvo en Ecuador, en Perú, en Chile, rumbo a la Argentina. Allí trabajó para "La Nación", de Buenos Aires, y colaboró asiduamente en "El Mercurio de América". Y en la ciudad porteña editó, en 1903, *Horas Lejanas*, breve volumen de cuentos, su único libro publicado.

bre de mil ochocientos setenta, Yo el Pbro. Antonio S. Sanguillén, Cura interino de la Parroquia San Felipe Neri, Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a un niño que nació el dieciocho de Julio del presente año, a quien puse el nombre de Darío del Carmen, hijo legítimo de los señores D. Lino Clemente Herrera y Da. Juana de la Rosa; fueron padrinos los Sres. D. Gregorio Miró y Da. Fermina Arosemena, a quienes advertí su obligación espiritual y parentezco y para que conste lo firmo. Pbro. Antonio Sanguillén.» Es Copia. Panamá, Enero 14 de 1911. — José Quinzada."

Ese año, y con motivo de nuestra separación de Colombia, fué designado agente confidencial en la patria de Sarmiento, ocurrencia que le obligó a renunciar la cátedra de Historia de la Literatura que dictaba en la Escuela Superior de Guerra. Escribió entonces varios artículos en defensa de la nueva república, artículos cuyo desconocimiento nos ofende, y que sospechamos más trascendentes que su efímera gestión oficial, pues, a las pocas semanas de nombrado, pidió Herrera se cancelara la designación, porque así lo exigía "la dignidad nacional". Al parecer, los círculos oficiales argentinos manifestaron simpatías por Colombia, desaprobando lo efectuado en Panamá.

Pero si fracasó en su misión política, misión circunstancial, por lo demás, la experiencia del viaje resultó harto fructuosa para el artista. Muchos de sus poemas mejores están firmados en Perú o la Argentina. Y el volumen de cuentos publicado en Buenos Aires, es una inequívoca glosa literaria de su peregrinación por Sudamérica. Allí una crónica de ambiente guayaquileño; cuentos de ambiente chileno y cuentos de ambiente argentino. Por otra parte, en su constante caminar fué anudando buenas amistades. A su paso por Lima conoció a Chocano y los hermanos García Calderón. Y José Luis Cantilo, Leopoldo Díaz, Ángel Estrada hijo, Luis Berisso, Carlos Ibarguren, Lugones y muchos otros fueron los amigos y compañeros de sus horas porteñas. A buen número de ellos están dedicados los relatos del citado libro.

En marzo de 1904 —todavía en la Argentina— sufre Herrera graves dolencias nerviosas. Y en septiembre de ese año nuevamente miraron sus ojos el paisaje natal. El grupo de intelectuales que capitaneaba entonces don Guillermo Andreve lo recibió entusiasta, y "El Heraldo del Istmo" se engalanó con un retrato suyo.

Mientras duró su corta permanencia en el Istmo le tocó actuar como jurado de un concurso organizado por la revista de Andreve, interesada en premiar los mejores sonetos que se escribieran con motivo del primer aniversario de la independencia. Contestó también, por aquellos días, una encuesta de la misma revista, que preguntaba si convendría al desarrollo de la literatura nacional el influjo de los Estados Unidos de Norteamérica. La opinión de Herrera denuncia una típica mentalidad literaria, peligrosa en su descuido de los factores políticos y sociales.

En noviembre de 1904 se le nombró cónsul en Saint Nazaire, y marchó a Francia. Antes de posesionarse del cargo, el hombre de letras se encaminó a París, vasallo voluntario de la "gran cosmópolis cerebro del universo", como decía una pintoresca nota de adiós. Empero, no bien hubo llegado, una seria afección cerebral le atacó. Aunque pronto restablecido, Herrera no ocupó su puesto consular. Y debió permanecer en París algún tiempo, porque sabemos que allá le recordaban con cariño. A ello aludía, en trance evocativo, don R. Morales de la Torre, uno de los

contertulios de París, que vivió entre nosotros en 1908 ([3]).

En junio de 1905, a su paso por La Habana en viaje de regreso a Panamá, Herrera fué agasajado por los escritores de la isla. La revista de Pichardo, "El Fígaro", y otras publicaciones cubanas manifestaron su admiración por la obra del visitante, y dieron a la estampa cosas suyas. Y el 10 de julio siguiente, retornaba por segunda vez a su tierra. Pero, Ulises incorregible, no tardó en seguir su peregrinaje. Ahora rumbo a Lima. En la "ciudad de las leyendas" le esperaba la amistad de los García Calderón, quienes, camino de Europa, nos anunciaban en abril de 1906 su próximo regreso. Herrera volvió, sí, pero en 1908.

Mediaba el año de 1906 cuando abandonó el Perú con intención de ir a Guatemala. Quebrantos de salud le obligaron, sin embargo, a permanecer en El Salvador. Como en todas partes, los círculos intelectuales de la pequeña república le acogieron cordialmente: "La Quincena" dedicó un número al poeta huésped, reproduciéndole versos y prosas, y juicios varios sobre su labor ([4]). Ya recobrado de sus males físicos volvió a su eterno ambular y fué a México, donde amistó con Luis G. Urbina. En México vivió

([3]) Ver R. MORALES DE LA TORRE: *Recuerdos de París,* en el Nº 36 de "Nuevos Ritos", de 30 de septiembre de 1908.

([4]) Hoy conocemos todo ese material gracias a la cooperación de Yolanda Camarano, hoy señora de Sucre, y a la amable solicitud del señor Salvador Cañas, de El Salvador, que tuvo a bien copiarlo y enviárselo.

un año, dedicado a faenas periodísticas, respetado y admirado por la juventud intelectual. Y en 1908, lo apuntábamos no ha mucho, tornó a la patria. Agregóse en seguida a la redacción de "Nuevos Ritos".

En noviembre de 1908 es nombrado vicecónsul en Callao. En enero de 1911 se le asciende al rango de cónsul general. Por esa época casó. (De su matrimonio queda un hijo, Darío Herrera Paulsen, hoy domiciliado en Lima, y dueño de un libro inédito, lírica herencia paternal.) Por último, el 9 de enero de 1913, es trasladado a Valparaíso, Chile, con el cargo de cónsul. En Valparaíso vivió hasta el momento de acabar.

Consignemos —para nuestra vergüenza— que la muerte de Herrera no provocó la repercusión que teníamos el derecho de esperar. El "querido amigo y compañero", el "ilustre escritor", el "exquisito" de que no se cansaron de hablar los literatos de la amanecida republicana, apenas si mereció una escuálida nota convencional, aparecida en "La Estrella de Panamá" al día siguiente de su muerte, y unas breves líneas publicadas en "Nuevos Ritos", donde se protestaba por la indiferencia con que fué recibida la noticia y no se hacía cosa mejor que prometer para después un comentario extenso, que nunca apareció. Un año más tarde Gaspar Octavio Hernández —abónese a su favor— nos dijo, retórico y ampuloso, algo sobre la significación real del escritor y del poeta.

Desde entonces, descontado el espacio que le dedi-

can las antologías, y una que otra nota fugaz, el silencio oprobioso del olvido ([5]).

II

En Herrera conviven el prosista y el poeta. Escribió novelas cortas, crónicas y artículos de crítica literaria. Pero publicó sólo un libro, mencionado ya. El resto de sus prosas, sin duda suficiente para formar varios volúmenes, nos es casi desconocido, y tendremos que aceptar la cooperación del tiempo para reunirlo. Como poeta, su producción es parca, y no pasan de treinta los poemas suyos conocidos en Panamá. Sin embargo, el libro inédito que guarda su hijo contiene, según propia afirmación, cincuenta y tres. Quiere decir esto que, incluídas en aquel volumen todas las poesías aquí conocidas, quedan alrededor de veinte poemas de los cuales sólo sabemos que existen. Por último, tradujo Herrera cosas del inglés —suya es la primera versión castellana de *La Balada de la Cárcel de Reading* ([6])—, del italiano y del francés, y hasta posiblemente del alemán, pues entre sus traducciones se cuenta la de un poemita de Heine, no sabemos si vertido del original. Y ahora que tene-

([5]) Todavía hay más. Poco después de muerto Herrera, sus restos fueron repatriados por orden del Municipio de Panamá. Y allí, en el patio del Palacio Municipal, estuvieron abandonados durante varios meses, hasta que el destino quiso que se les prestara atención. Hoy reposan en el Cementerio Amador.

([6]) Se publicó en "El Mercurio de América", de Buenos Aires, del mes de diciembre de 1898.

mos una idea global de la labor de Herrera, veamos, apoyándonos en su obra asequible, la calidad del artista que hubo en él.

Dentro de la literatura nacional, Herrera es el más conspicuo representante del modernismo. Es modernista por su adhesión al principio de un arte liberado, por su culto de la forma y la palabra, por su cosmopolitismo, por su estética aristocrática, por su insaciable querer abarcarlo todo. Y lo es en grado que no admite parangón entre nosotros. Por eso mismo, también, por su cosmopolitismo y su múltiple y universal apetencia, falta a su obra contenido local, está huérfana de significación nacionalista. Darío Herrera, lujo de nuestras letras, es el escritor menos panameño que se pueda dar.

Sensible en extremo al requerimiento de lo plástico, encontró en la minuciosidad descriptiva el gran vehículo de su frase brillante. Quien haya leído *Los desposados de la nieve* no podrá olvidar la estupenda pintura de la tempestad en los Andes. Y en sus crónicas, en sus narraciones del Plata, siempre, el prolijo inventario de la aurora que avanza, la detallada descripción de la tarde que muere, o bien el moroso y emocionado dibujo de sus personajes femeninos. No obstante, la obra de Herrera se me antoja, en cierto modo, un tanto superficial. Es el precio pagado por su dominante preocupación descriptiva y formal. Amante fervoroso de la belleza externa, se queda en el paisaje, en los primeros términos. Si exceptuamos

el feliz acierto de *La Zamacueca,* relato equilibrado en su dramático realismo, sólo cuando penetra al mundo de lo morboso sus creaciones ganan en profundidad. Aquí le ayuda eficazmente su naturaleza hipersensible de enfermo nervioso. En este sentido, su mayor logro está en su cuento *La nueva Leda,* que nos recuerda a los psicologistas alemanes de hoy. Pero su obra conserva en todo momento gran altura formal, su frase es siempre exacta y bella, aunque, a veces, quizá, demasiado bella. En Herrera tenemos el mejor prosista literario de su generación.

El poeta no desmerece las excelsas virtudes del prosista, si bien las contadas poesías que de él conocemos den a este aspecto de su obra un lugar secundario. Como poeta se acerca a los parnasianos, pero sin caer en la frialdad marmórea de aquéllos, no falto de emoción. Y acusa una leve melancolía, como que sangra también por la herida romántica, común a casi todos nuestros poetas. En su poesía alienta, por lo mismo, una indudable significación personal.

Sus contemporáneos, es curioso anotarlo, ofrecieron mayor estimación al poeta. Rubén Darío, que fué su amigo y estimador, le hizo el honor de colocarlo, en uno de sus escritos, junto con Silva y Valencia, viendo en los tres la más alta representación del modernismo en Colombia ([7]). Sin preocupaciones clasificadoras, Nicanor Bolet Peraza le elogió genero-

([7]) RUBÉN DARÍO: *Letras.* "Mundo Latino", Madrid, 1921, pág. 55.

so ([8]). "Amaba la frase límpida y cristalina de Flaubert, cuyo espejo quería ser en prosa castellana", nos cuenta Max Enríquez Ureña ([9]). "Es de los que sienten la poesía natural y son ricos de color", dijo de él José Martí, el cubano que es gloria de la lengua y del continente ([10]).

Y si el poeta mereció juicios como los transcritos, el prosista fué también muy celebrado. A la publicación de *Horas lejanas* respondió con general aplauso toda la crítica del continente. Hasta el "Mercure de France" se ocupó de él. En Perú le acogió fraternal, con penetración y donaire, Francisco García Calderón Rey. Y su hermano Ventura, refiriéndose a Herrera, escribió en cierta ocasión: "tiene el culto de la prosa perfecta" ([11]). Uno solo de estos comentarios basta, por su calificada procedencia, para cimentar la reputación literaria de cualquiera. Todos ellos nos exigen, con su hidalguía múltiple, ir al encuentro de la obra de Darío Herrera, hermoso capítulo de las letras del Istmo.

([8]) Nicanor Bolet Peraza: *Darío Herrera,* en el Nº 3 de "El Heraldo del Istmo".

([9]) En *Mis recuerdos de Darío Herrera,* "Diario de Panamá", agosto 10 de 1920.

([10]) Ver Bolet Peraza, artículo citado.

([11]) Ventura García Calderón Rey: Véase la dedicatoria de *Paisaje,* en el Nº 19 de "El Heraldo del Istmo".

EN TORNO A DEMETRIO FÁBREGA

La Asociación Nacional de Farmacéuticos, cuya conciencia y responsabilidad gremial invitan al encomio, vuelve a rendir hoy el tributo del recuerdo a quien fué uno de sus más conspicuos miembros. Y ha querido —ello me honra— mi participación en este acto.

Por muy serio que resulte eso de hablar acerca de la obra poética de Demetrio Fábrega, un viejo compromiso íntimo me aconsejó aceptar: ya era tiempo de dar cima a la voluntaria tarea por cumplir. Sin embargo, no constituyen estas líneas la interpretación que la obra de Fábrega espera y merece. Apenas las notas brevísimas que me permiten intervenir aquí con algún decoro.

Referirse a lo que representa Fábrega como poeta es grato y es útil, si bien no exento de riesgos. Porque no obstante la brevedad de su obra, porque a pesar de no existir más recopilación de esa obra que la ofrecida por Guillermo Andreve el año de 1918, Demetrio Fábrega ha sido consagrado por la opinión pública como uno de nuestros poetas mayores, y su producción objeto de reiterados estudios. Y lo que es

más grave aún, porque todos esos estudios coinciden —pareciendo cerrar el paso a cualquier otra visión— en lo esencial: Fábrega es el parnasiano, el descriptivo hábil dado al cultivo de la poesía paisajista. Octavio Méndez Pereira, Guillermo Andreve, Roque Javier Laurenza, Ernesto A. Morales, Lola Collante de Tapia —cito siguiendo el orden cronológico— son los autores de esos ensayos de interpretación. Yo voy a permitirme —*Deo juvante*— la herejía de discrepar un tanto de ese parecer común.

Lo que no deja de advertir quien establece contacto con la obra de Fábrega, descontado el hecho de su manifiesta parquedad, es la circunstancia innegable de que la integran dos porciones de valer desigual, que se corresponden con las dos etapas en que podemos parcelar su vida. La primera, típicamente juvenil, arranca de la iniciación literaria del poeta y llega hasta la época de "El Heraldo del Istmo", recién nacida la República. El joven gustador de las letras no tiene entonces más bagaje que el que ofrece la instrucción secundaria de aquellos días, agregado lo que brinda el ambiente familiar. La otra etapa empieza con su viaje a Norteamérica y Europa, y dura hasta el final de sus días. Y es aquí donde está el verdadero legado poético de Fábrega. (Los poemas primeros, los versos de juventud, interesarán como dato personal, humano, como material secundario aunque imprescindible para justipreciar a cabalidad la obra del artista.) Porque lo que constituye, a mi modo de ver,

la característica y más valiosa aportación de Fábrega a nuestra poesía es su mesura y voluntad de equilibrio, es su afán de comprensión. Demetrio Fábrega realiza al hombre que, dueño de sus cariños, tiene todavía la generosidad de ánimo suficiente para admitir la posibilidad de divergencias y ensayar un entendimiento con los demás. Ello explica, por un lado, el tono ecuánime de su obra representativa; y su esquivez, su resistirse a la publicidad; por el otro, su trayectoria ascendente, su postura crítica. Esa actitud de Fábrega, en cuyo fondo ocúltase una duda fundamental, fué para él una enorme ventaja, pero también una limitación.

Demetrio Fábrega había nacido en Santiago de Veragua, el año de 1881 ([1]). Miembro de una distinguida familia, en la cual la tendencia conservadora imponía sus modos, se vincula por la línea materna al gran liberal que fué don Justo Arosemena. Y si Fábrega es temperamentalmente conservador —su entusiasmo juvenil llega hasta el punto de convertirle en

([1]) Hizo sus estudios primarios en su ciudad natal. Fué luego a recibir instrucción secundaria a Bogotá, de donde regresó hacia fines del siglo. Instaurada la República, prestó servicios al Estado en el departamento de Instrucción Pública. Marchó en seguida, hacia 1906, a Norteamérica, y luego a Europa, a realizar estudios profesionales, que coronó graduándose farmacéutico. En la capital de la República se estableció profesionalmente a su regreso. Fué profesor de la Escuela Nacional de Farmacia, y miembro fundador de la Academia Panameña de la Lengua. Murió el 12 de marzo de 1932. A más de su obra literaria, deja dos o tres opúsculos de carácter profesional.

reiterado cantor del general Albán, ilustre jefe godo de los días cruentos de la guerra civil—, la influencia del abuelo insigne ejercerá una suerte de presión moderadora, que logrará afirmarse en los años de madurez. En Demetrio Fábrega terminan por fundirse y hacer síntesis el conservatismo adusto de los Fábrega y el liberalismo estoico de Justo Arosemena.

He hablado antes de la opinión según la cual Fábrega es el típico representante del Parnaso en Panamá. También de la corriente empeñada en derivar de sus extraordinarias dotes descriptivas un paisajista necesario. Y he manifestado mi intención de discrepar. En efecto, creo que no hay manera de legitimar aquellas clasificaciones. Para la definición parnasiana no bastan la pulcritud de la forma y la tendencia objetiva e impersonal. Lo propio de los poetas del Parnaso, más que la preocupación formal, común a otras modalidades poéticas, más que su objetivismo impersonal —impersonal sólo en el sentido de no anecdótico—, está en el modo como combinan aquellas tendencias y en el espíritu que les anima ([2]).

([2]) Los parnasianos pretendieron supeditar a posibilidades puramente idiomáticas valores pictóricos y esculturales. Pretendieron muchas cosas más, y nos legaron una obra admirable y bella. Pero no siempre alcanzaron lo que se proponían. De ahí que las características del parnasianismo deban deducirse de la obra misma y no de los propósitos que sus autores formularan. Ni podemos dejarnos engañar por el mero enunciado de temas. Importa aquí, sobre todo, el papel desempeñado por el tema y la manera cómo es tratado. Cuando Leconte de Lisle o Heredia se proponen brindarnos su visión de la historia, no pueden ocultar el paga-

Y lo esencial del espíritu parnasiano es su sensualismo, su velado paganismo. Lo contrario de lo que ocurre con la obra de Demetrio Fábrega, por entero cristiana, española y católica. Pero tampoco su aspecto formal justifica ese intento definidor. Desde ese punto de vista su obra cae igualmente dentro de la órbita peninsular, e insinúa buen conocimiento y gusto de lo clásico español.

Pero desacreditemos un poco, asimismo, la tesis paisajista. En realidad, la afición descriptiva de Fábrega —origen de su pretendido paisajismo— tiene otras causas y motivaciones. Tres corrientes se asocian aquí para producir el fenómeno: la que toma impulso en el curioso observador del mundo exterior —como apuntó Morales con acierto—; la que tiene su hontanar en preocupaciones éticas, que alimentan a su vez inclinaciones didácticas; la que deriva, por último, de su gusto por las gracias del idioma, que lo incita a probar su capacidad de domeñarlo. Esas son las razones de su afición descriptiva, que además de afición es necesidad. Porque lo que se ha querido interpretar como paisaje en la obra de Fábrega es falso paisaje, y está siempre supeditado a una previa finalidad moral. Sus poemas más cercanos al paisaje —*Idilio de la Montaña,* etc.— son verdaderas obras

nismo de su actitud. Para ellos la historia es espectáculo, grandioso e incitante espectáculo, que está fuera de ellos, frente a ellos. Son espectadores. Aun su concepción de Roma y la Edad Media es pagana. Esa postura de cómodo y sensual mirón es contraria al espíritu cristiano, esencialmente protagonista.

morales, donde el fondo de naturaleza, completamente artificial, es apenas mero pretexto, artimaña para arribar a ciertas orillas. En Fábrega el paisaje no es resultado de un mirar directo, ni siquiera interpretación de ese mirar. Es idealización pura, truco literario que nos recuerda la utilización de la naturaleza en las églogas de Garcilaso. En literatura, el paisaje, no lo olvidemos —y a ese respecto acaba de decir cosas muy interesantes don Manuel Maples Arce, actual embajador de México en Panamá ([3])—, tiene una indiscutible filiación romántica. Y Fábrega no es romántico, por lo menos el Fábrega de la madurez. Acaso el único no romántico entre nuestros poetas de significación.

Nada de esto debe sorprendernos, sin embargo. En Fábrega estas cualidades y matices tienen pleno sentido, son lógicas, naturales. Porque se apoyan en la huella indeleble de la herencia familiar; tienen su base en el ambiente que rodeó su infancia y juventud, allá en su distante ciudad natal. Fábrega es nuestro poeta de tierra adentro, donde el paisaje monótono y adusto obliga a la inmersión en el yo. No hubo para el joven de los años de formación la posibilidad liberadora del paisaje cambiante de la costa, que invita a perseguirlo, a fijarlo en el poema, y donde está el origen y la mayor parte de nuestra verdadera poesía del paisaje. Hubo la uniformidad tediosa de la me-

([3]) Véase "El paisaje" en la *Literatura Mexicana*. Librería de Porrua Hnos. y Cía., México, 1944. 82 páginas.

seta mediterránea, que da pábulo a un conato de barroquismo verbal, cuando no le obliga a incidir en el tema moral, tan caro a don Justo, el abuelo eterno.

Las razones expuestas, que explican su pulcritud formal sin el Parnaso, su descriptividad sin el paisaje, están estrechamente vinculadas a la naturaleza íntima del hombre que hubo en él. Quienes se honraron con su trato personal coinciden en subrayar su exquisito tacto, su tolerancia cordial, su deseo y capacidad de comprensión. De ahí la simpática acogida que diera a *Onda,* el libro que inició la renovación de nuestra poesía. De ahí su constante esfuerzo superador, patente en sus poemas postreros. Y he llegado al convencimiento de que en esta conducta poco era disposición innata, de que había mucho de consciente empeño por lograrlo. No ha podido darnos Demetrio Fábrega lección superior. En un ambiente propenso a los excesos, donde todo es ambición desmedida y engaño falaz, su ejemplo es confortante. Fábrega representa la mesura y la voluntad de medirse, la honestidad y la voluntad de ser honesto, la inteligencia y la voluntad de ser inteligente. ¿Puede brindarse caso más digno de estimación, de mayor oportunidad?

Este homenaje a Fábrega es, pues, un verdadero acierto. Y nos recuerda que falta el volumen que reúna lo más representativo de su labor. Aparte de sus poesías, Fábrega escribió ensayos y prosas que merecen salvarse. Esa tarea recopiladora debe empezar cuanto antes, si bien ceñida al mismo inflexible rigor

crítico que Fábrega aplicó a su propia obra. Es tiempo de que entendamos que, en las condiciones de vida actual, no todo lo que escriben nuestros hombres de letras tiene igual valor, no todo tiene importancia. Y no hay más remedio que asegurarle perdurabilidad a lo verdaderamente sustantivo mediante el sacrificio de aquella porción menos feliz, aunque no inútil, porque alude al alto precio con que nuestros artistas y hombres de letras han pagado su derecho a persistir en la empeñosa búsqueda de la belleza.

Panamá, 12 de marzo de 1945.

INTRODUCCIÓN A LA OBRA POÉTICA DE RICARDO MIRÓ

Enjuiciar críticamente la obra de un artista, de un poeta, es, en cierto modo, proceder al enjuiciamiento del medio social dentro del cual le tocó vivir. Ligazones estrechas vinculan la creación artística al escenario que le vió nacer. Y aun en los casos en que todo parece negarlo, el vínculo y la correspondencia subterráneos subsisten. Mirar, entonces, con ojos de indagación, hacia un tiempo y una humanidad precisos para lograr el conocimiento de los diversos ingredientes que formaron el compuesto de su suelo histórico, resulta ineludible.

La literatura de un pueblo, lo mismo que todas sus otras expresiones culturales, se nos presenta como resultado o fase de un proceso, y manifestándose ella misma como proceso también. Aunque no siempre han tenido los pueblos una literatura. La expresión literaria adviene cuando en la historia de un pueblo han sido conquistadas ciertas condiciones previas. Y en el caso concreto de las literaturas que en algún sentido puedan tener relación con nuestro propósito, su origen no es remoto ni desconocido. "El floreci-

miento de las literaturas coincide, en la historia de Occidente, con la afirmación política de la idea nacional. Forma parte del movimiento que, a través de la Reforma y el Renacimiento, creó los factores ideológicos y espirituales de la revolución liberal y del orden capitalista. La unidad de la cultura europea, mantenida durante el Medioevo, por el latín y el Papado, se rompió a causa de la corriente nacionalista, que tuvo una de sus expresiones en la individualización nacional de las literaturas" (1).

Plena vigencia tiene, para la literatura española, cuya decisiva influencia en nosotros no es necesario ponderar, la afirmación que antecede. Caracterizada ya desde el siglo XIII adquiere entera beligerancia como factor coadyuvante en la gestación de la nacionalidad hispana. Y es una literatura muy desarrollada la que nos llega a América siguiendo la impronta de los conquistadores. Las colonias hispanoamericanas vienen a ser, de modo casi absoluto, meras prolongaciones de la península, pero prolongaciones que han de sufrir el poderoso influjo de un medio telúrico diferente, y que aporta, además, un tipo de hombre cultural y étnicamente distinto. Y si bien en lo económico y social los elementos citados, en progresión creciente, dan la tonalidad de la vida hispanoamericana, en sus manifestaciones de arte, en su literatura, el patrón español y extranjero vendrá a ser dominante.

(1) José Carlos Mariátegui: *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, pág. 173.

Antes de proseguir conviene, sin embargo, aclarar algunas cuestiones que juzgamos de esencial conocimiento para la comprensión exacta de nuestro proceso literario. Aunque es cosa aceptada la equivalencia, en lo medular, de la evolución histórica de los pueblos hispanoamericanos, siempre que se trate de nuestro país será necesario detenerse en la consideración de características singulares. Una suerte especial ha señalado al istmo panameño un destino propio cuya trama no es posible asimilar al desarrollo histórico general de Hispanoamérica. Y ese hecho provoca repercusiones muy acusadas en cuanto a la formación de nuestra literatura se refiere. La inexistencia de una literatura colonial panameña no es un azar. Causas concretas determinaron ese no existir, mientras en el resto de la América Hispana la Colonia veía florecer valiosos testimonios de una importante actividad literaria. Es que el Panamá colonial, territorio de tránsito y agencia de dominación de la metrópoli, brinda un mezquino ambiente al desarrollo de las bellas artes. Por otra parte, la instrucción de la época no es la más apropiada garantía de un florecimiento literario. Sólo en los conventos, y para fines exclusivos y privados, se impartió alguna enseñanza en aquellos días. La escasa producción colonial, si puede hablarse de ello, se incuba en la tranquilidad de los claustros, o está más o menos supeditada a exigencias de orden burocrático. Y no es sino al romperse el nudo esclavizante y al producirse la gesta román-

tica de la independencia, que crea condiciones adecuadas, cuando arribamos los panameños a la posibilidad de un germinar literario.

II

Para los intereses generales de la cultura la independencia de Hispanoamérica fué un abrirse horizontes. Los obstáculos que se opusieron durante la colonia al libre tráfico intelectual fueron barridos, y las inquietudes y anhelos de una masa heterogénea y desarrapada estremecieron el subsuelo de todo un continente, removiendo la fronda de su selva política y social. Una gran parcela de actividad humana, hasta entonces inédita, reclamó para sí la atención de los hispanoamericanos, y novísimos senderos se mostraron al impulso creador de los artistas y hombres de ciencia, dando origen a una estimable y profusa bibliografía.

La separación de España tuvo para los panameños resonancias indudables. Un ritmo nuevo y más acelerado sucedió a la mansedumbre de la colonia. Corriendo el año 1820, como heraldos de un acontecimiento próximo o inevitable, habían aparecido las primeras hojas impresas —*La Miscelánea* y *Miscelánea del Istmo de Panamá*—, imbuídas de preocupaciones políticas y arrestos liberales. Era la hora del predominio político, si bien triunfaba en la política el ademán romántico y generoso. Y es del vientre fértil de aquel mundo, en la cuarta década del siglo, de donde

nacen los primeros poetas nacionales de algún rango. Sus voces no se dejarán oír sino llegados ya a la mitad del ochocientos.

Fuera del clima general de la época, el reducido y minúsculo mundo nuestro no ofrecía especiales estímulos a la obra y el esfuerzo artísticos. Precisamente por aquellos años, en 1855, urgido por razones de orden político y social, afirmaba don Justo Arosemena que "no sólo es difícil hallar en todo el Istmo ochenta y dos personas aptas para ocupar un asiento en la Asamblea; sino que aun cuando las hubiera, no serán conocidas en cada distrito" ([2]).

Los brotes iniciales de nuestra poesía no son manifestaciones de una decidida vocación poética. Parecen ser más bien el tributo pagado a la hora y al prestigio de la Poesía por hombres que gozaron de buenos empleos, asegurándose así el tiempo y las comodidades propicias al ejercicio del retozo literario; que escarceo y retozo literario es todo ello. Son nuestros poetas primeros funcionarios dueños de frecuentes ratos de ocio, mas son, también, hombres de trópico, temporalmente ubicados en un momento hiperbólico y sensual. Hacen poesía romántica, si es que no se vuelven nostálgicos hacia el pasado, tomando ejemplos de imitación en los clásicos españoles y los del mediterráneo antiguo. Empero, la poesía panameña

([2]) JUSTO AROSEMENA: *El Estado Federal de Panamá*, pág. 121, en la obra *Documentos Históricos sobre la Independencia del Istmo de Panamá.*

es casi siempre, y primordialmente, poesía espontánea. Poetas silvestres podríamos llamar a los más; poetas a medias, con una cierta facilidad para la versificación y dotados de una nada esquiva propensión autobiográfica. Poetas románticos, en fin, cultores de lo novelesco, enamorados mórbidos de su propia novela personal. Atentos sólo a lo íntimo y anecdótico, se incapacitaron para articular la voz esencial, humana. Además, faltó contenido ideológico en casi todos. Su obra, exuberante, trivial, es pura naturaleza virgen, solicitada de una afanosa mano ordenadora.

Refiriéndose a quien ha sido considerado como la más lograda expresión lírica de nuestra poesía de ayer —Tomás Martín Feuillet—, el poeta colombiano Rafael Pombo decía: "si no hubiese poseído aquella fatal dote que suele aplaudirse con el nombre de *facilidad;* es decir, si hubiese escrito menos y pensado más, el tomo de sus poesías sería un libro de oro" ([3]). Duro juicio que envuelve, bajo el aplauso aparente, el reproche merecido por quien, con naturales disposiciones, se siente satisfecho y menosprecia el complemento inexcusable del cultivo y el estudio continuados. Y dato curioso, que señala una característica no superada todavía, a más de medio siglo de distancia, un crítico americano de autoridad reconocida, Gonzalo

([3]) Citado por MANUEL GAMBOA, quien a su vez lo ha sido por don GUILLERMO ANDREVE, en el prólogo a la colección de poesías de TOMÁS MARTÍN FEUILLET, con que se inicia la "Biblioteca de Cultura Nacional", pág. 2.

Zaldumbide, prologuista de un autor de versos contemporáneo, dice: "Canta usted por cantar, y eso es lo bueno. Canta usted porque sí, como suelen decir las mujeres cuando las asisten razones de esas que la razón no conoce y desconoce", etc. La inquietud, el desvelo del pensador y del artista dominados por un ideal, sigue ausente en la obra de la mayor parte de nuestros poetas. "Canta usted por cantar" . . . Como cantan los pájaros, porque es bella la mañana y el sol acaba de ascender; porque muere la tarde, y sobre el flanco azuloso de los montes la luz hace milagros de color; porque la amada de los ojos negros y profundos nos ha regalado con una mirada equívoca que nuestra criolla vanidad de donjuanes recoge como prueba de pasión . . .

III

Adentrados en el último cuarto del siglo, el 5 de noviembre de 1883, en la pequeña y marina ciudad de Panamá, nació Ricardo Miró Denis. Corre en sus venas sangre francesa, que hereda por la línea materna. Y hay, también, en ellas —no faltará el ascendiente autóctono—, sangre española, heredada del padre.

Miró vino al mundo en minutos en que se sucedían acontecimientos importantes para la historia del Istmo. Meses antes de nacer, la iniciación de los trabajos del Canal Francés abría un período de bienestar económico para los panameños de la zona de tránsito.

Y apenas traspuesto el primer año de su vida, dió comienzo una de las interminables guerras civiles colombianas, que culminó con el régimen de la *regeneración,* presidido por el poeta Rafael Núñez, y que inaugura varios lustros de hegemonía conservadora en la historia política de Colombia. Huérfano de padre desde la más tierna edad, vivió Miró con su hermano y su madre, maestra de escuela por aquel tiempo. Aprendió sus primeras letras en ésta, su ciudad natal, y pasó luego a Taboga, hacia donde su madre partiera por razones de oficio. Pero no era gran cosa la educación de entonces, ya que, bajo el régimen encabezado por Núñez, "la instrucción pública se encontró sujeta a todos los caprichos y vaivenes del Gobierno Central y de año en año fué perdiendo aquélla todas sus conquistas" ([4]).

A los catorce años marchó a Bogotá, en busca de una instrucción superior. Durante cinco meses estudió dibujo en la Academia de Pintura, dirigido por don Epifanio Garay y don Enrique Recio Gil. Estuvo luego semiinterno —cuatro meses— en el Colegio Menor del Rosario, bajo la rectoría de don Víctor Mallarino. Y ya se acomodaba a la vida del estudiante, cuando la revolución del 99, de honda repercusión en el Istmo y nuestra última experiencia colombiana, motivó la suspensión de sus estudios. Desde el poblado de Facatativá al de Honda, parajes por donde

([4]) Octavio Méndez Pereira: *Historia de la Instrucción Pública,* Panamá, 1916, pág. 41.

combatía en aquellos momentos la revolución, nuestro adolescente calzó "las botas de las siete leguas". En su itinerario se cruzaron pueblos que la historia de Colombia no olvidará. Pasó por Villeta, patria de Policarpa Salavarrieta. Y en la población que puso fin a su "viaje a pie", Honda, abrió los ojos Alfonso López, de quien recibiera entonces nuestro poeta informes que lo llevaron al hotel donde hospedaban los miembros de un Estado Mayor que se disponía a marchar al Istmo. Como miembro de ese Estado Mayor —al mando del General Amaya, protector solícito del estudiante en aprietos— regresó Miró a la casa materna.

Una cierta actividad intelectual se notaba en la vida panameña de fin de siglo. Aproximadamente medio centenar de publicaciones de carácter político o literario vieron la luz en los últimos diez años del diecinueve. Eran, sin embargo, órganos de vida efímera. De todos ellos, el de mayor importancia literaria fué "El Lápiz", fundado en 1894. Allí se iniciaron como escritores Guillermo Andreve, José de la Cruz Herrera, etc. "El Lápiz" se publicaba todavía al retornar Miró al Istmo, y prolongó su existencia hasta el año de 1903, cuando por razones políticas fué prohibida su publicación. Adolfo García, León A. Soto, Alejandro Dutary, poetas y escritores, editaron también periódicos de vida fugaz. Debió leer Miró aquellas publicaciones. Y es muy posible que algunas influencias se ejercieran sobre el poeta en gestación.

Mas, la verdad obliga a decirlo, para Miró y para la literatura nacional toda la actividad de esa etapa de nuestro pasado tiene un estricto valor preparatorio, y está naturalmente sujeta a las limitaciones que obstruyeron siempre entre nosotros quehaceres de altitud.

IV

Los sucesos de noviembre de 1903 generaron un cambio radical de la vida panameña. Junto con la República, el Canal trajo dineros suficientes para asegurar el cumplimiento de los menesteres fundamentales de la administración pública nacional. Ingentes oportunidades de bonanza económica y bienestar privado se crearon para los hombres de alguna instrucción. Todas las habilidades fueron aprovechadas, y cada esfuerzo fué correspondido con prodigalidad. Los intelectuales y hombres de letras tuvieron, así, para mucho tiempo, ocupación y estimación garantizadas. Se organizaba entonces nuestro sistema de enseñanza, y periódicos y revistas nacían graciosamente, suministrando a la nación recién aparecida el aparato ornamental que su nueva condición y dignidad se merecían. Vivíamos en el amanecer de una experiencia tentadora.

Miró, que al producirse el hecho separatista actuaba como miembro del batallón Colombia, pasó a desempeñar cargos diversos en el servicio civil. Por entonces apunta su vocación poética, que avasallará en

seguida su vieja afición de pintor y recién llegadas vehemencias de taurómaco.

En 1904, para orgullo y lustre de una generación, apareció "El Heraldo del Istmo", revista literaria de indiscutibles méritos. Darío Herrera y Alejandro Dutary, Simón Rivas y Federico Escobar, Demetrio Fábrega, Justo A. Facio, Ponce Aguilera, Duncan, etc., nutrían con sus versos y prosas nuestra cultura literaria. Y colaboraciones del exterior, que llevaron a las páginas de la revista trabajos de Darío y Ugarte, de Urbina y Luis C. López, etc., fraternales compañeros del momento, robustecieron el prestigio de los literatos distinguidos de nuestra aurora republicana. En noviembre de ese año Miró gana su primer lauro: triunfa en un concurso abierto por la revista mencionada. Para ello bastaron tres sonetos mediocres, de intención patriótica.

En 1906 Miró se casa. Al año siguiente conoce a Darío, de paso por Panamá. Volverá a verlo en dos nuevas ocasiones, con motivo de los viajes del maestro modernista, obligado por la geografía a pagarnos el tributo de sus rápidas visitas. Ya en febrero de 1907 se había iniciado, bajo la dirección de Miró, la publicación de la revista "Nuevos Ritos". 1907 es, además, fecha de la constitución del "Ateneo de Panamá".

Las prensas de la tipografía moderna lanzan a la calle, en 1908, *Preludios,* su primer libro. A fines de ese año Miró es agregado al cuerpo diplomático: se le nombra con destino a Londres. Mas, por no sabe-

mos qué circunstancias, su viaje a la capital del imperio británico no se realiza, y pasa a ocupar un consulado de la República. Vive en Barcelona, donde hace amistad con Vargas Vila y con Ugarte, a quienes frecuenta, hasta 1911, año en que regresa al Istmo. De esa temporada europea es buena parte de su obra más pura, publicada en sus días en las páginas de "Nuevos Ritos", que en su ausencia quedó bajo la dirección de don Gregorio Miró, su hermano. Otra vez en Panamá, Miró se reincorpora a la dirección de la revista que fundara, y su labor literaria continúa, dispersa y múltiple.

En 1916 aparecen los *Segundos Preludios.* Las páginas iniciales del libro nos advierten que "no contiene versos definitivos". Sin embargo, no obstante el celo aclaratorio del autor, es ésa su obra conocida más importante. Al año siguiente, en "La Revista Nueva", publica *La Leyenda del Pacífico,* poema largo, que utiliza como tema el descubrimiento del Mar del Sur. Luego, otra vez la labor dispersa, no interrumpida. La administración Porras le encarga en 1919 la dirección de los Archivos Nacionales, que ejercerá hasta el año de 1927. En 1921 viaja al Perú, como miembro de la delegación panameña a las fiestas del primer centenario de la proclamación de su independencia. Y al Perú ha de volver al año siguiente, representante ahora de un grupo de boxeadores panameños, en una extraña aventura deportiva. La Academia de la Lengua, acabada de fundar, lo nombra

su secretario perpetuo en 1926. Siguen meses de escasa producción, durante los cuales edita una pequeña selección de versos patrióticos, para fines escolares. Y en 1929, *Caminos silenciosos,* sencillo opúsculo que reúne varias de sus mejores esencias, ve la luz pública. Queda aún bastante material inédito, entre ello lo último de Miró, relativamente poco. Ha publicado Miró, además, algunos cuentos, y ensayos de teatro y de novela. Pero la suma, ordenación y divulgación de su obra en forma que permita su conocimiento cabal está por hacer.

Murió Ricardo Miró el 2 de marzo de 1940, poco antes del mediodía. Hacía meses que un cansancio de todo le alejaba lentamente de las cosas de este mundo. Acaso si su postrer gran deseo fué realizar un viaje a España, donde soñaba con dirigir en persona la edición de sus obras.

V

¿Y cuál es, cabe preguntarse ahora, la cifra escondida en la obra poética de Ricardo Miró? Por la geografía y por el tiempo, Miró debió navegar sobre las aguas de la corriente modernista. Su infancia y la época de definición y proclamación del movimiento que encontrara en Rubén Darío su corifeo mayor se corresponden. Sin embargo, Miró no es un modernista, ni podía serlo. El modernismo insurge impulsado por ansias renovadoras. Precisaba eludir las formas vigentes de la poesía castellana, francamente des-

afectas a la sensibilidad de un mundo y un momento histórico nuevos. Por otra parte, el modernismo aprovecha y utiliza elementos de la poesía francesa de la segunda mitad del siglo pasado, realizando una atrevida síntesis de substancias dispares. Todo ello exigía, es natural, de quienes hubieron de realizarla, un esfuerzo crítico y un bagaje cultural que nuestros poetas nacionales nunca tuvieron (*). Y esa falta de cultura nos dará, desde otra perspectiva, la explicación del hecho paradójico de que un elevado porcentaje de nuestra poesía sea, simultáneamente, calco de modalidades extranjeras y poesía espontánea. Si "del clasicismo habían pasado las letras hispanoamericanas al romanticismo, y de éste —o alternando con éste— a un neoclasicismo roñoso y de pega", etc. ([5]), las letras panameñas se alimentaron, con exclusividad, de la savia que ofrece el parnaso español, o del material aportado por sus discípulos más o menos felices del nuevo mundo. De este modo nuestra poesía se apropia los moldes clásicos o recientes de la española, mientras su contenido no rebasa los linderos de la queja íntima y sentimental. Contenido íntimo y sentimental, es decir, espontáneo, cuya génesis excluye toda posibilidad de cultivo o cuidado previos. Toman nuestros poetas, sin que ellos mismos se justifiquen

(*) Un mejor conocimiento de nuestro pasado cultural me enseña que tuvimos un período afrancesado de influencia directa, y que hubo siempre entre nosotros minorías cultas y enteradas.

([5]) Rufino Blanco Fombona: *El Modernismo y los Poetas Modernistas*, pág. 21.

afectas a la sensibilidad de un mundo y un momento histórico nuevos. Por otra parte, el modernismo aprovecha y utiliza elementos de la poesía francesa de la segunda mitad del siglo pasado, realizando una atrevida síntesis de substancias dispares. Todo ello exigía, es natural, de quienes hubieron de realizarla, un esfuerzo crítico y un bagaje cultural que nuestros poetas nacionales nunca tuvieron (*). Y esa falta de cultura nos dará, desde otra perspectiva, la explicación del hecho paradójico de que un elevado porcentaje de nuestra poesía sea, simultáneamente, calco de modalidades extranjeras y poesía espontánea. Si "del clasicismo habían pasado las letras hispanoamericanas al romanticismo, y de éste —o alternando con éste— a un neoclasicismo roñoso y de pega", etc. ([5]), las letras panameñas se alimentaron, con exclusividad, de la savia que ofrece el parnaso español, o del material aportado por sus discípulos más o menos felices del nuevo mundo. De este modo nuestra poesía se apropia los moldes clásicos o recientes de la española, mientras su contenido no rebasa los linderos de la queja íntima y sentimental. Contenido íntimo y sentimental, es decir, espontáneo, cuya génesis excluye toda posibilidad de cultivo o cuidado previos. Toman nuestros poetas, sin que ellos mismos se justifiquen

(*) Un mejor conocimiento de nuestro pasado cultural me enseña que tuvimos un período afrancesado de influencia directa, y que hubo siempre entre nosotros minorías cultas y enteradas.

([5]) Rufino Blanco Fombona: *El Modernismo y los Poetas Modernistas*, pág. 21.

la conveniencia de su elección, el paradigma formal de más fácil acceso, y lo usan para hacernos los confidentes de su vida doméstica y personal. Y si podemos descubrir ciertas influencias, tales influencias denuncian, en defecto de un movimiento consciente, una manera ingenua de manifestar respetuosa deferencia por el original parafraseado.

Hemos dicho ya que Miró no es un modernista. Digamos ahora, lo que no es menos verdadero, que en su obra aparecen algunos de los componentes que contribuyeron a la formación del modernismo. Tal el caso, por ejemplo, de la influencia parnasiana, ejercida, quizá, a través de Guillermo Valencia, y que se advierte en muchos de sus sonetos. El mismo movimiento modernista no deja de ejercer su influjo. La libertad de formas, que utiliza con acierto, es una conquista modernista. En ocasiones, versos suyos nos recuerdan a Darío, a Silva. Y no es imposible que una investigación minuciosa llegara a establecer, a propósito de probables influencias nacionales, algún vínculo con León A. Soto. Pero estas semejanzas, más que en influjos serios —son manifestaciones que no se repiten— hacen pensar en entretenimientos y juegos habilidosos del autor. Porque Ricardo Miró, posromántico de pura estirpe, tiene su propio tono inconfundible, discreto y suave, abundante en signos de nuestro medio físico natural.

Ya desde su primer libro, *Preludios,* donde se perciben las huellas vacilantes de quien se inicia, Miró

logra poemas definitivos —algunos sonetos—, y nos muestra los temas de su predilección, que lo llevarán a encontrar su acento mejor.

Es un verso detrás del cual adivinamos la voz y el gesto románticos, dirá:

(Yo soy un Triste
que tras lo raro encaminó sus pasos).

Y son del mismo libro los versos que siguen, llenos de musicalidad, donde inquiere el mañana —nuevo gesto romántico— que no ha de contestar:

¡Mañana! . . . Yo quisiera saber la soberana
grandeza que me ocultan las combas de tu vientre;
quisiera hallar el genio poderoso que encuentre
la llave que me abra las puertas del mañana.

A ocho años de distancia, los *Segundos Preludios* indican un esfuerzo considerable de superación. La inseguridad de la primera hora ha sido sustituída por el aplomo de quien maneja confiado los instrumentos vaporosos de la poesía. Un dominio perfecto del soneto se hace patente en este libro de versos de Miró. Y él nos trae, asimismo, muchos de sus poemas más personales. *Las garzas, Las gaviotas, Patria:*

La Patria es el recuerdo . . . Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.

La Patria son los viejos senderos retorcidos
que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió
en donde son los árboles antiguos conocidos
que al alma le conversan de un tiempo que pasó.

son aciertos que definen a Miró, y son emocionados testimonios —algunos han sido escritos en Europa, sin que por ello dejen de ser nuestros— de su fidelidad para con la patria entrañable. Tardes tropicales a orillas de la mar, cielos poblados de garzas o gaviotas viajeras, portadoras del mensaje de su batir de alas: he ahí las amorosas visiones que nos devolviera el poeta desde las costas remotas del viejo continente. Miró es el intérprete de nuestra naturaleza. Como ninguno ha sabido responder a sus insinuaciones, que invitan a la melancolía, al gesto reposado y rítmico, o bien nos sugieren una fuga tras la estela de humo de las aves marinas.

La Leyenda del Pacífico es otro feliz acierto de Miró. El estupendo hallazgo de Balboa le ofrece la oportunidad de libertar todo un mundo de músicas e imágenes que lleva dentro, para regalarnos con una interpretación ideal del hecho materialísimo. Empero, son las sobrias páginas de *Caminos silenciosos* las que aportan, si no lo de más valor, sí lo más característico y representativo de su obra. Y aquí se nos presenta desnudo de influencias. Todos los motivos para los cuales tiene Miró una actitud afectiva viven en los poemas de este cuaderno. Sin una sola defec-

ción, allí están la mujer y la luna, el mar, las gaviotas y las garzas, y, sobre todo, la noche:

Anoche deambulaba por la orilla del mar
y me encontré conmigo y me puse a soñar . . .

La Luna era un fantasma; el mar una laguna
donde fulgía un camino para ir hacia la Luna;
y yo pensé, ante el ancho camino plateado:
¿vendrá por él la Luna a soñar a mi lado? . . .

Sobre la noche quieta y en el viento, dormido,
ni rumor extraviado, ni susurro perdido . . .
Y estaba mudo el mar como desierto nido . . .

El humo voluptuoso del cigarrillo turco
subía en espirales trazando lento surco,
y por la escala azul bajaba una hebra loca
de la Luna, en sigilo, y se entraba en mi boca;
y en la alta noche llena de paz y de fortuna,
yo, por dentro, me iba encendiendo de Luna . . .

¡Encanto del misterio! . . . Encanto del profundo
silencio que permite oír rodar el mundo,
mientras van las estrellas corriendo una tras una
en pos del carro mágico donde viaje la Luna . . .

¡Encanto del misterio! . . . Honda felicidad
de olvidarse de todo en esta soledad
que incita a hacer el viaje hacia la eternidad! . . .

Pura dicha anhelada de estar lejos de todo,
y sacudir el polvo, y limpiarnos del lodo,

y sentir que nos vamos elevando... elevando...
sin comprender a dónde, ni saber hasta cuándo!...

Señor: yo ya no quiero nada, nada, ni amor;
porque el amor es simple motivo de dolor...

Dame tan sólo paz; dame sólo el olvido;
dame la gracia última de quedarme dormido,
por siempre, bajo tierra, en un lugar perdido
donde no oiga palaba ni me turbe rüído...

Miró es un noctámbulo. Sale a buscarse a la luz de la luna, habitante solitario del mundo inefable de las musarañas. Y hay en este cuaderno una composición —*Poema doloroso*— que es como un compendio de sus más recónditos cariños poéticos.

Dolor el de quien ama a una mujer que ha sido de todos, y no puede bañarse en el olvido.

Yo la encontré en la calle como encontramos una moneda, o como hallamos en un charco la Luna.

Tiene Miró, además, otros versos poco o nada coconocidos. Son frutos que ilumina el ocaso, estremecidos por una voz nueva, de profunda nobleza. De esos versos se publicaron algunos no hace mucho, de los cuales entresacamos los fragmentos que siguen:

Hermano: recuerda que debes partir!...
¿El día?... No importa: pero ha de venir!
Y es sabio que tengas hecha tu canción
con risas y lágrimas de tu corazón.

Y estos otros, más llenos de jugo aún:

Hombre: no seas abyecto. Tiende hacia arriba... Sube.
Si no puedes ser águila ni paloma, sé nube.

. . . . . .

La araña no ha llegado siquiera a la alimaña
Y ya ves qué prodigios de seda hace la araña.

El poeta juvenil de la naturaleza, el que cantara el sordo dolor de las garzas cautivas, encuentra ahora, en el otoño de la existencia, que las más simples formas de vida son fuente de enseñanzas aprovechables, y busca un consuelo en la armonía del cosmos, que aguarda paciente nuestro retorno a la tierra.

¿Y qué nos dice, socialmente considerada, la obra poética de Ricardo Miró? Creemos que ella no admite una filiación precisa. La política no le ha interesado hasta el punto de exigirle una meditada definición. Víctima de temporal desaliento, inevitable en quienes, entre nosotros, se dan a la labor cultural, exclama en 1908: "Hemos tenido que agotar nuestras exiguas facultades haciendo a un tiempo de poetas, de cuentistas, de críticos, de correctores de pruebas, para engañar a la América, para hacerle creer al Continente *que no nos volvemos yankis por minutos*", etc. ([6]). Oculta el fondo de la frase un indudable y elemental sentimiento antiimperialista; mas se trata de un movimiento aislado, casi reflejo, hijo de una

([6]) Ver el núm. 25 de "Nuevos Ritos", del 15 de abril de 1938.

circunstancia no política. Alguna vez momentos de honda cordialidad humana lo solidarizarán con los miserables, y tendremos el *Poema de los siglos.* La guerra del 14 le arrancará *La voz de la raza,* fruto de una sensibilidad noblemente afectada por el dolor del sangriento drama moderno. En cambio, contradictorio, nos hablará de su desprecio por la muchedumbre —*Balsón*—, o nos mostrará una afinada capacidad para atrapar el porte y la frialdad aristocrática, huérfana de emoción humana, del hijodalgo medieval —*Honor castellano*—. Es que Miró no ha sido jamás un político militante. Como mejor se le encasilla políticamente es aludiendo a su indefinición. Miró es un anárquico incapaz de comprender la segura eficacia de las disciplinas.

Ése es el poeta y el hombre que hay en Ricardo Miró, y desesperar por nuevos y diferentes matices nos parece innecesario e inútil (7). En él tenemos la más acendrada expresión lírica de nuestra poesía y la más firme vocación poética panameña. Para Miró la poesía ha sido siempre gracia, nunca problema. "Su verso posee el ritmo interior, el misterio de la vida poética. Sorprende su metáfora, es adorable su audacia. El endecasílabo de Miró es puro y es rítmico, quiéralo el poeta o no: nace así. Está desnuda la

(7) No pretende esta afirmación sugerir que ya no queda nada por decir sobre la obra poética de Miró. La frase alude únicamente a que se han significado las características esenciales del hombre y del poeta.

plenitud poética de su obra ([8])." De ahí que ni para él mismo haya podido explicarse lo que la poesía implica. En alguna parte, con miras a desentrañar el secreto de la poesía, Miró ha dicho de ella que "es una enfermedad incurable y que a los que la padecen se les da el nombre de poetas" ([9]). Descontada la posibilidad de una definición satisfactoria del fenómeno poético, admitamos que el intento explicatorio no es muy feliz. Pero ello nada quita ni agrega a la integridad del continente irreal a cuyo conocimiento invitamos al lector.

Febrero de 1937.

([8]) ENRIQUE RUIZ VERNACCI: *Carta para los del homenaje a R. Miró,* en "Diario de Panamá", del 31 de octubre de 1932.

([9]) De una carta dirigida a la señorita María Esther Pacheco, con motivo de una discusión que suscitara la alteración de alguno de los versos de *Patria,* publicada en "La Estrella de Panamá", el 24 de octubre de 1925.